

Y en este proceso vamos a ser incluyentes, abarcadores y muy respetuosos de las opiniones ajenas. Parafraseando a Pitágoras, «trataremos de ser amigos de la verdad hasta el sacrificio, pero no seremos sus apóstoles hasta la intolerancia».

El dinero para la cultura no abunda, es cierto. En el escritorio de un Ministro de Hacienda hay urgencias con las que resulta particularmente difícil competir. Gran parte de los problemas de la cultura, sin embargo, no se deben estrictamente a la falta de recursos, sino a la falta de creatividad, a la escasez de unidad y a la precariedad de voluntades.

Estamos convencidos de que la cultura sabe encontrar caminos allí donde el pesimismo sólo contempla escollos. También desde las instituciones, es necesario que «la función vaya creando el órgano», reparando menos en la falta de instrumentos y más en la instrumentación del ánimo y el talento disponibles.

El dinamismo que transforma a la cultura en una herramienta de desarrollo no tiene parangón. Sospechosa resulta siempre la pretensión de buscar en la institucionalidad una exacta contraparte del dinamismo cultural. Eso se llama dirigismo –cuando se concibe desde el Estado– o ingenuidad –cuando se proclama desde la producción cultural–. Mucho más realista y objetivo resulta crear los mecanismos que alienen y promuevan la cultura, comprometiendo a otros sectores en el proceso.

La falta de recursos, en países como El Salvador, es una realidad, no es una excusa. En el caso del desarrollo cultural, la consabida escasez obliga a la creatividad, a la gestión efectiva en coparticipación y a la unión de esfuerzos. Así como todos los salvadoreños somos de alguna manera dueños del Estado, aunque cada cinco años otorguemos el manejo de la institucionalidad a un gobierno, la cultura salvadoreña nos pertenece a todos, y enriquecerla no es responsabilidad exclusiva de artistas, de gestores particulares o de una entidad gubernamental.

Es urgente dejar de creer que el libreto de las grandes transformaciones nacionales estará completo sin nuestra participación. Identificar el origen cultural de muchos de nuestros problemas sociales es apenas un aspecto (ojalá indispensable) del diagnóstico, pero aunque los paliativos estén en manos de gobiernos responsables, la cura definitiva siempre tendrán que aplicarla, responsablemente, los Estados.

El diálogo que edifica tiene sus principales atalayas en las buenas intenciones. Tal vez no podamos ponernos de acuerdo en todo, pero todos podemos buscar acuerdos básicos.

En El Salvador tenemos ejemplos valiosos de apertura, respeto y genuina preocupación por los temas culturales. Nuestra maravillosa Julia Díaz<sup>13</sup> dejó en herencia al país una colección pictórica que fue la base del Museo de Arte que hoy tanto nos enorgullece. Visionaria como era, Julia criticó menos y trabajó más. De ella debemos aprender.

Aprendamos también de Camilo Minero<sup>14</sup>, que renunció a la comodidad de su propia leyenda y acudía, confundido entre el público, a conciertos, recitales poéticos o exhibiciones de danza. «Hay que saber de pintura para ser un pintor, y de arte para ser un artista» era su axioma.

Tomemos ejemplo de Amílcar Flor<sup>15</sup>, un sabio del teatro que otorga lecciones gratuitas a cuanto joven le pide su desenfadada opinión. Como no desprecia ninguna pregunta, Amílcar tiene la sana costumbre de no guardarse ninguna respuesta. ¡Y qué servicio le está haciendo al teatro salvadoreño sin darse cuenta!

Aprendamos de Matilde Elena López<sup>16</sup>, David Escobar Galindo<sup>17</sup>, Manlio Argueta<sup>18</sup>, Claribel Alegría<sup>19</sup>, que han abierto las puertas de su conocimiento, e incluso de su amistad, a neófitos de la pluma que les hemos buscado pidiendo consejo, y en todos ellos —¡Dios les bendiga!— hemos encontrado calidez para nuestras inquietudes y hasta paciencia para nuestras ambiciones.

<sup>13</sup> *Notable pintora salvadoreña. Fundadora del Museo Forma, primer espacio permanente para la plástica nacional. Falleció en 1999.*

<sup>14</sup> *Considerado uno de los más importantes pintores de El Salvador. Recientemente fallecido, su personalísima obra plástica constituye un hito en el arte salvadoreño y centroamericano. Además de creador, destacó Minero como fecundo teórico del arte.*

<sup>15</sup> *Formado en la Unión Soviética, Amílcar Flor es un pedagogo sin ínfulas y una figura respetadísima en el durísimo gremio teatral salvadoreño. Con justicia se le puede considerar entre los grandes formadores de actores que tiene el país.*

<sup>16</sup> *Sin discusión, la primera gran ensayista salvadoreña. Personalidad multifacética, también es poeta, cuentista, dramaturga, crítica de arte, pedagoga y periodista. El año pasado recibió, con el apoyo de todas las fuerzas políticas del país representadas en la Asamblea Legislativa, el título de "Hija Meritísima de El Salvador".*

<sup>17</sup> *Reconocido no solamente como el poeta más fecundo de las letras salvadoreñas —y acaso centroamericanas—, sino también por los incontables servicios que a lo largo de su vida ha prestado a la causa del desarrollo integral del país, incluyendo el decisivo papel que jugó como negociante y firmante de los Acuerdos de Paz que en 1992 pusieron fin a doce años de sangrienta guerra civil. Su obra como escritor e intelectual es amplia y variada.*

<sup>18</sup> *Siendo uno de los novelistas salvadoreños más sobresalientes, ha acumulado numerosos reconocimientos en América y Europa. Una importante casa editora incluyó su obra Un día en la vida entre las mejores cinco novelas latinoamericanas de todos los tiempos. En la actualidad es Director de la Biblioteca Nacional de El Salvador.*

<sup>19</sup> *Una de las cumbres femeninas de la literatura centroamericana. Aunque nació en Nicaragua, buena parte de su obra tiene como punto de referencia su segunda patria, El Salvador. Junto a su esposo, el periodista norteamericano Darwin Klakoll, escribió una obra testimonial de obligada referencia.*

Tomemos ejemplo de quienes han sido grandes en la humildad y en la sensatez, en la generosidad y en la solidaridad verdadera. Aprendamos de quienes nunca disfrazaron su mediocridad con aspavientos ni se matricularon ciegamente en modas ideológicas. Aprendamos, en fin, de quienes han sabido defender la libertad creadora.

El Salvador es tierra bendecida. En un territorio tan pequeño existe una riqueza cultural enorme. Solamente nos falta amarla, sentirla nuestra, hacerla producir, compartirla con el mundo y engrandecerla con la participación de todos.

CONCULTURA y su Consejo Técnico Consultivo están en la disposición de llegar, por fin, al diseño de un Plan Nacional de Cultura, que incluya un diagnóstico de la realidad que tenemos, una visión de lo que deseamos tener, una estrategia para alcanzarlo y una operatividad para ejecutarlo.

Pero, repito, ningún esfuerzo de desarrollo cultural puede prosperar sin diálogo. Las grandes pautas que definen un Plan Nacional de Cultura deben discutirse libremente, de manera que la firme toma de decisiones esté legitimada por el intenso contraste de posiciones. El único argumento que termina convirtiéndose en insumo es aquel capaz de sostenerse, por sí mismo y pese a quien lo exponga, al interior de un foro abierto. A eso debemos apostar.

La deuda que la institucionalidad salvadoreña tiene con la cultura salvadoreña es grande, mas no impagable. La negligencia que exhibe la sociedad entera frente a su identidad es enorme, mas no irreducible. Para trazar el camino hacia el desarrollo cultural, entonces, es necesario que aminoremos la deuda institucional, por un lado, y asumamos nuestra carga de responsabilidad social, por otro. He aquí el primer tema sobre el que debemos discutir y actuar.

Los salvadoreños hemos construido nuestro país enfrentando carencias de visión y de estructura. La cultura no ha sido la excepción, y, en muchos casos, ha sido la causa. El siglo XXI, consecuentemente, nos ha pillado sin un verdadero diagnóstico cultural. No sabemos cuánto aportan las industrias culturales al desarrollo nacional, desconocemos los índices de crecimiento de la actividad artística, ignoramos el impacto que los marcos legales vigentes tienen en las dinámicas del sector.

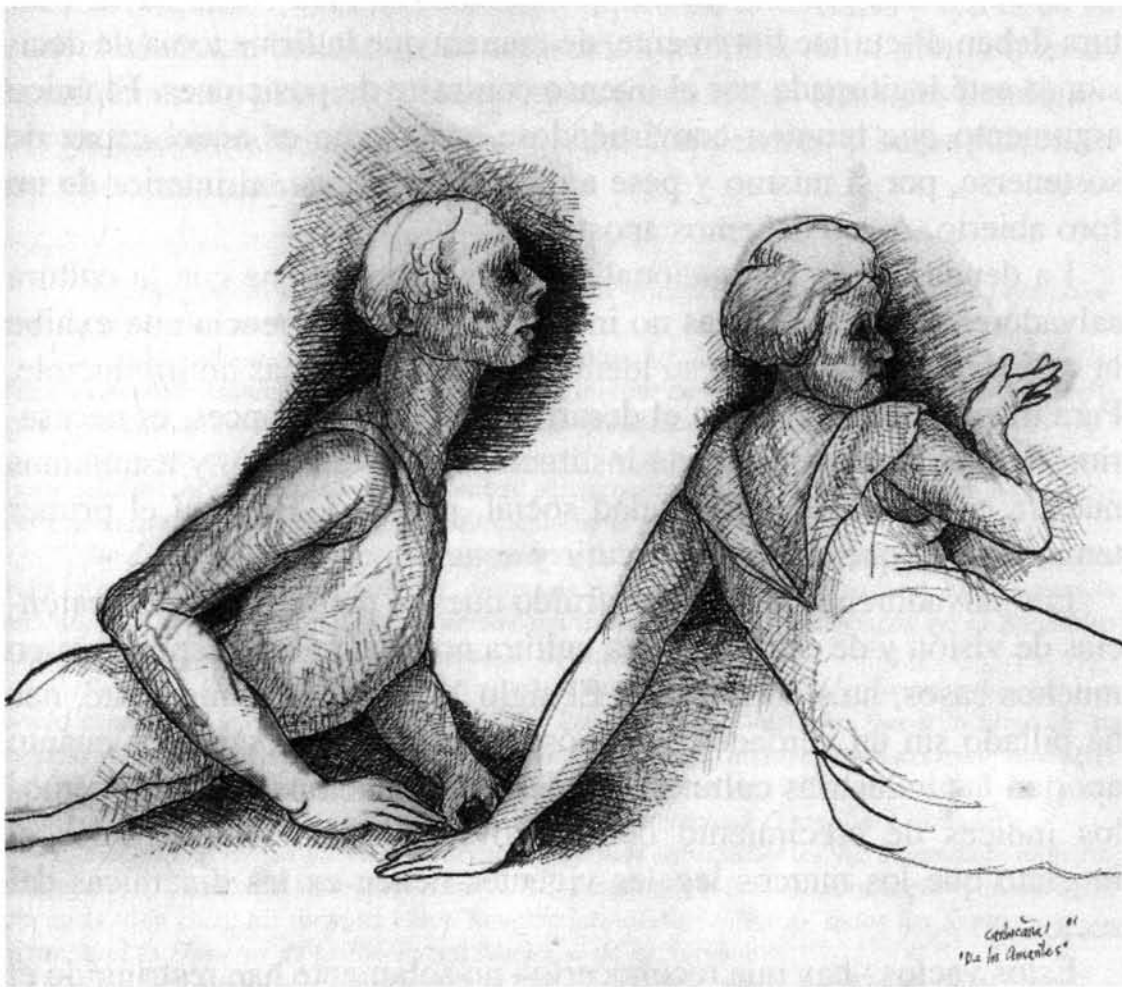
Estos vacíos –hay que reconocerlo– no solamente han restringido el desarrollo cultural, sino que han aplazado (esperamos no por tiempo indefinido) su seria y profunda discusión.

Una agenda nacional no está completa si falta la cultura, eso es indiscutible. Lo que debemos discutir es el plan que permita a la cultura compartir su esencia humanista, expandir su espíritu de libertad y fortalecer su vocación de desarrollo.

La experiencia de países que han llegado a ser verdaderas potencias culturales, partiendo de realidades igual o más duras que la nuestra, nos permiten arrojar algunas conclusiones, a saber:

El desarrollo cultural no es solamente un problema de recursos, sino de visión y convicción; no es responsabilidad exclusiva de un Gobierno, sino del Estado en su conjunto; no es resultado espontáneo de valorar la cultura, sino de convertir nuestra valoración en más oportunidades de desarrollo. Y finalmente, la cultura no debe ser jamás excusa para el enfrentamiento improductivo, sino un motivo para el diálogo.

El trabajo que se está haciendo es inédito, pero sólo llegará a ser histórico si entre todos estamos dispuestos a hacer historia.



Carlos Cañas. «De los amantes» – 1981 – Ecolina sobre papel – 34.5 x 39.8 cm. Colección del artista. Imagen: Cortesía del MARTE